

# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 12 DE MARZO DE 1888→

Núm. 324

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL INVIERNO, dibujo de A. Rejchan

## SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *Los especialistas*, por don José María Sbarbi. — *El carnaval español*, por don Julio Monreal. — *Lo que yo no entienda*, por don Angel R. Chaves. — *Noticias varias.* — *La torre Eiffel.*

GRABADOS. — *El invierno*, dibujo de S. Rejchan. — *Estudio*, de Alejandro Wagner. — *La meta*, grupo en bronce de Alfredo Boncher. — *Tipos granadinos*, cuadros de I. Marín. — *Golpe terrible*, cuadro de R. J. Gordon. — *¿Dice V. que sí?* cuadro de Pío Ricci. — *El monumento de Waterloo*, dibujo del conde J. de Lalaing. — *Un tren de madera flotante.* — *Estado de los trabajos de la Torre Eiffel en enero de 1888.* Aspecto de un montante de la Torre en su parte superior.

## NUESTROS GRABADOS

## EL INVIERNO, dibujo de S. Rejchan

La representación de las Estaciones ha sido *anima vili* ó primera materia para la alegoría. Apenas hay comedor, salón de café ó biombo á que no hayan contribuido las cuatro matronas que representan las grandes divisiones del año. Las condiciones alegóricas son casi invariablemente las mismas: flores en primavera, espigas en verano y uvas en otoño; el invierno es el único que ha dividido las opiniones artísticas, pues mientras unos le representan por medio de una encapuchada refocilándose al amor de la lumbre, otros han adoptado la forma de un viejo de lengua barba abrazado al pino de los Alpes.

Difícil es, por lo tanto, simbolizar las Estaciones con alguna novedad, pero es indudable que si Rejchan no ha ideado cosa alguna completamente original para dar idea del invierno, ha producido algo verdaderamente poético y cuyo significado no necesita grandes aclaraciones, cualidad recomendable cuando de alegorías se trata. No faltan en ese dibujo el árbol clásico de los países fríos, ni las nevadas peñas, con las cuales se confunde la vestidura de la ninfa, ni los pajarracos simbólicos, ni los efectos del viento glacial, ni cosa alguna de las empleadas hasta ahora para dar idea de la estación fría. Después de todo, el artista no podía prescindir de la naturaleza haciendo un Invierno para su uso particular. Pero es indudable que con elementos conocidos ha llegado á un concepto nuevo, poético, simpático, que dice mucho en elogio del autor.

## LA META, grupo en bronce de Alfredo Boncher.

Esta preciosa escultura que acaba de emplazarse en los jardines del Luxemburgo (París) se recomienda por todos conceptos. Tres jóvenes se disputan el premio de la carrera: los tres se encuentran al término de ella y hacen el postrer esfuerzo para alcanzar la meta. Aunque las tres figuras tienen una misma actitud, cosa natural pues los tres personajes practican idéntico ejercicio y se hallan animados de una misma idea, sin embargo, el autor ha tenido el talento suficiente para dar á cada uno de ellos expresión distinta. Así el primero, mientras con una mano toca al término deseado, con la otra parece proclamar ya su triunfo y detener la inútil carrera de sus competidores. El personaje que más cerca se encuentra del vencedor no puede menos de cerrar los puños con desprecio al considerar la pequeña ventaja que éste le ha llevado; al paso que el luchador tercero, si bien tiende la diestra con desesperado esfuerzo, cierra instintivamente la izquierda, convencido del vencimiento. La ejecución de este grupo demuestra cuántas dificultades puede superar el talento de un artista.

## TIPOS GRANADINOS, cuadros de I. Marín

(Reproducción directa por medio de la fotografía).

Propios y extraños han considerado siempre á Granada como el país más pintoresco de España. Su hermoso cielo, su situación topográfica, sus numerosos y variados monumentos y sobre todo su limpia y clara luz, son condiciones propias para inspirar al pintor paisajista. Efecto de esto es que la mayoría de los que en dicha ciudad se dedican á la pintura son grandes coloristas y se distinguen mucho en el paisaje, dejando en olvido el importante estudio de la figura, fuente principalísima, hoy más que nunca, del arte y de la inspiración. A llenar este vacío y subsanar este defecto tendió en parte la creación del Centro Artístico de Granada, sociedad que fundada tan sólo para el estudio de la pintura ha extendido poderosamente sus fines y medios de acción, siendo hoy el elemento principal de cultura artística con que cuenta aquella capital.

Como prueba del benéfico influjo que el Centro Artístico ejerce en las artes, citaremos los notables conciertos que organiza, las interesantes excursiones artístico-arqueológicas que lleva á cabo y las brillantes exposiciones celebradas, en las cuales han dado á conocer los jóvenes pintores granadinos los grandes adelantos conseguidos merced al estudio de la figura, que realizan en la Clase de Modelo vivo establecida por la mencionada sociedad.

Uno de los más aventajados de estos pintores es sin duda el joven autor de los cuadros cuyos grabados publica hoy LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Representan tipos de la provincia de Granada: una florista de los cármenes famosos del Dauro, una campesina de las Alpujarras, una pescadora de las costas motrileñas, una habitante del poético Albaicín, y una alegre compradora de los pintorescos mercados granadinos.

Distínguense estos cuadros por su brillante color y revelan á un artista de mucho porvenir. Han sido adquiridos por una opulenta dama de Granada y decoran en la actualidad el rico salón-comedor de su suntuoso palacio.

## GOLPE TERRIBLE, cuadro de R. J. Gordon

Lienzo que causa verdadera sensación, ejecutado con sobriedad de medios y á través del cual se descubre todo un drama en el porvenir. ¿De qué clase es el golpe terrible que anonada á esa mujer y tiene como entoncetido á ese hombre? La actitud del último permite suponer que la miseria ha penetrado resultadamente en ese hogar, destruyendo las ilusiones del joven matrimonio. ¿Es la desgracia ó el vicio la causa del terrible golpe? Lo ignoramos, pero el semblante del marido parece el de un culpable: ese hombre no tiene fuerza moral, es impotente para conjurar su desdicha, su conciencia le acusa de que no es ajeno á ella, y sin embargo, baja la cabeza con la forzada resignación del oriental ó con el apocamiento del reo que oye leer su justa condena.

Su esposa oculta el rostro en el seno de su compañero, pero aun así hay en su figura tal fuerza de expresión que el espectador se forma idea exacta de aquél y ve correr su llanto. No cabe negar que el autor de este cuadro ha sabido interpretar una escena de dolor agudo, de muda desesperación.

## ¿DICE V. QUE SÍ?— cuadro de Pío Ricci.

La caza es muchas veces un ejercicio distraído y otras veces un simple pretexto. El cazador de Ricci parece apuntar á un blanco en que puede darse sin necesidad de escopeta. ¿Sucumbirá la pieza? Deplorable sería, pero es muy de temer. Cuando la caza se pone vo-

luntariamente al alcance del arcabuz, es que está predestinada á morir. El artista ha dado la debida expresión á la obra: á la vista de ella cabría titular el cuadro: Una honra en capilla.

EL MONUMENTO DE WATERLOO  
dibujo del conde J. de Lalaing

Este bien ideado sepulcro ha de erigirse en breve (cerca de Bruselas) y contendrá los restos de once oficiales y varios soldados ingleses muertos en la capital belga á consecuencia de heridas recibidas en la gran batalla que á principios de este siglo transformó la manera de ser política de toda Europa.

En el dibujo, elegante, bien pensado y severo, es de ver á Inglaterra velando el sueño eterno de sus hijos muertos por su causa en extraña tierra: tres leones tendidos en diversa actitud parecen custodiar la sepultura. La obra se construirá por suscripción nacional.

## UN TREN DE MADERA FLOTANTE.

No hay como los norte-americanos para idear modos de ahorrar tiempo y gastos. Si para los ingleses el tiempo es moneda, para los yankees es moneda de oro. Hace pocos meses convino á un tratante en maderas importar de Nueva Escocia la friolera de 27.000 troncos de árboles corpulentos. Para ello eran necesarios por lo menos seis viajes de una gran goleta de cuatro mástiles. Mucho era para la paciencia de un norte-americano. Entonces se le ocurrió hacer un solo haz con los veintisiete mil troncos, sujetos con cadenas, botar al mar la gigantesca almadía y llevarla á remolque de un vapor. La mole de madera tenía la forma de una inmensa cuba de ciento setenta metros de longitud y veinte de diámetro en su parte más ancha.

El *Miranda*, vapor de mil quinientas toneladas, fué destinado al arrastre de la inmensa mole, y sin duda el cálculo hubiera producido los resultados que se esperaban á no haber sobrevenido tan deshecho temporal que el remolcador se fué á pique por completo y los veintisiete mil troncos, completamente disgregados, fueron dispersados por la superficie del mar, siendo recogidos algunos de ellos á ciento treinta y cinco millas del lugar del siniestro.

Este desenlace curará al autor de tan atrevida empresa? Lo dudamos: en ese país del invento, una contrariedad no trae consigo un desengaño, antes bien constituye un estímulo. Estamos persuadidos de que la segunda almadía constará de doble número de troncos.



ESTUDIO, de Alejandro Wagner

## LOS ESPECIALISTAS

Ha hecho muy bien la Academia Española en dar cabida en la última edición de su Diccionario á la voz ESPECIALISTA; lo que sea justo debe ser confesado, aplaudido, y aun defendido. Creemos, pues, que ha llegado ya para la sociedad la época de que existan necesaria é imprescindiblemente verdaderos especialistas en todos y cada uno de los ramos del saber humano.

Pero, á todo esto, ¿qué quiere decir *especialista*?... Copiemos y oigamos.

«ESPECIALISTA: adj. Dícese del que con especialidad cultiva un ramo de determinado arte ó ciencia, y sobresale en él.»

Estamos conforme con la definición académica que acabamos de transcribir, aunque se nos ofrecen dos leves reparos: 1.º, que nosotros hubiéramos antepuesto la *ciencia* al *arte*, por ser aquella más noble que éste; 2.º, que hubiéramos añadido la circunstancia de *U. m. c. s.* (esto es, *úsase más como sustantivo*), dado que, efectivamente, lo más común es emplear dicha voz bajo tal aspecto. Pero, en último resultado, todo ello no pasa de ser *peccata minuta*, ó sease *escripulos de monja*.

¡Ah! (se me olvidaba:) podíase haber hecho constar también, que la palabra *especialista* representa de un modo concreto al «médico que se dedica principalmente, si no ya de una manera exclusiva, á la curación de ciertos males, como los oftálmicos, los cutáneos, los urinarios, los ocultos, etc.», enfermedades éstas últimas (dicho sea entre paréntesis) que, aun cuando llamadas *ocultas*, saltan bien á la cara del espectador.

— ¡Tilin! tilin!!!!

(Momentos de pausa.)

— Tilin! tilin! tilin!!!!

— ¿Quién?

— ¡Cartero!

Eslo efectivamente el del Interior. Abro, y leo:

«Sr. D. José María Sbarbi.

«Muy Sr. mío: Aunque no tengo el gusto de conocer á V. personalmente, y si sólo por sus escritos, me tomo la libertad de dirigirle la presente, con el fin de llamarle la atención sobre la palabra *especialista* que por vez primera acaba de insertar la Academia Española en las columnas de su Diccionario. — Dicha Corporación hace recaer la calificación de semejante voz solamente sobre *artes y ciencias*: ¿por qué no, también, sobre *letras*? — Dejo á la mayor etc. de V. la resolución del caso.

Es suyo» etc.

Quede consignado que el vocablo *especialista* se extiende en su significado á la región de las *letras*, y... ¡jade-lante! ¡Y Dios quiera que no nos vuelvan á interrumpir, á ver si podemos acabar este dichoso artículo!

Es indudable que las ciencias, las letras y las artes han tomado tan alto vuelo y adquirido desarrollo tal en nuestro siglo, que se hace de todo punto indispensable el ir dividiendo en secciones especiales el estudio privativo de cada una de ellas. Más generalizadores nuestros antepasados, divertían la mente á objetos mil, pasando como sobre acuas por encima de cada uno de ellos; más concreto el espíritu de la generación actual, reflexiona y medita detenidamente sobre los mismos, descartando de sí todo cuanto distraerlo pudiera de su ensimismamiento y reconcentración: de aquí la necesidad imperiosa del *especialismo* moderno, ó sea el «sistema de *especializar*».

(Nota. — Aquí no llama el cartero; pero me avisa la conciencia que emplee estos dos términos de *especialismo* y *especializar*, los cuales, como tantos miles de otros, brillan por su ausencia en el Diccionario oficial.)

Cualquier cosa daría yo, aunque fuera una desazón (por dar algo), á trueque de vivir dentro de dos ó tres siglos, para poder ser testigo presencial de los adelantos hechos en los diversos ramos del saber humano, así como de las mutaciones ocurridas en la sociedad.

Si este mi artículo merece llegar hasta esas futuras generaciones, paréceme estar oyéndolas decir: «Vosotros os reísteis en el siglo XIX de los siglos antepasados, pero ahora nos toca á nosotros burlarnos del vuestro.» Y, en efecto, vaya V. á saber, ni siquiera á presumir, el cambio que habrán tomado entonces las instituciones de todo género, así como el rumbo que pueda haber adoptado la ciencia: nuevos descubrimientos habrán usurpado el puesto de descubrimientos que pasan por nuevos hoy para nosotros; y quién sabe si lo que hoy se estima felonía, será reputado entonces por virtud, y, no así como quiera, sino por virtud heroica y ejemplar. Lo cierto es que, puestos en parangón nuestros tiempos con los que pasaron, mucho hay que olvidar de lo que aprendimos en la escuela, y aun en las universidades, al tenor de lo que rezaban los textos por que aprendimos y las lecciones que oímos de boca de nuestros maestros; y si no, díganenos por vida nuestra: ¿qué queda de aquello de: *El quinto, pagar diezmos y primicias á la Iglesia de Dios*?... ¿Qué queda del capítulo de *Usura*, y qué del de *Simonía*, de la ciencia teológica?...

Pero ahora caigo en que es una desgracia tener algo fogosa la imaginación, con cuyo motivo me he apartado insensible cuanto involuntariamente de mi asunto primordial. ¡Ah, si pudiéramos vivir sin imaginación... y sin nervios, cuán felices seríamos! Volvamos, pues, á nuestro objeto.

Existiendo de hecho hoy el *especialismo* en fárfara, y desarrollado y elevado á su último término en las generaciones venideras, me lo represento yo, acá en mis adentros, poco más ó menos de la manera siguiente. Pongamos por caso, invadiendo ahora el terreno de la *Bibliofilia*.

Todo el mundo sabe (y, al decir esto, pretendo dar á entender los que no lo ignoran), todo el mundo sabe, repito, que el descubrimiento de la Imprenta data de mediados del siglo XV. Con anterioridad á esa fecha, pocas eran las personas que poseían libros en su casa, á excepción de las comunidades religiosas de hombres, y de tal cual aristócrata, y, para eso, en número harto reducido, supuesto ser manuscritos los libros, escasear los buenos pendolistas, y alcanzar subido precio las copias por éstos sacadas, ya en vitela, ya en papel, y á veces adornadas de ricas miniaturas. Apareció el genio de Gutenberg; agitaronse las prensas; y hoy por hoy es tanto lo que sudan éstas para dar de sí, mejor diría arrojar, millones de pliegos por hora, que, al paso que vamos, el tener un particular una biblioteca de 30 ó 40.000 volúmenes en su casa, será reputado dentro de dos ó tres siglos por una nonada, ó como si dijéramos, poseer hoy en día 500 ó 1.000 obras. Pero, ¿dónde habrá dinero, en lo general, para sufragar tamaños gastos, máxime si los caseros siguen siendo enemigos natos de los inquilinos, así como los libreros verdugos crueles de los bibliófilos?... Nada; lo dicho: cada cual tendrá que adquirir los libros propios de su *especialidad*, y, así y todo, déle gracias á Dios por haber nacido en el siglo XXI y no en el I, porque entonces, pensando piadosamente, de pretender coleccionar todas las obras publicadas acerca de la facultad que profesa, ni tendrá dinero con que poder adquirirlas, ni casa en que poder albergarlas. Si hay quien al leer esto me calificase de exagerado, lo cito y emplazo para dicho siglo I, y entonces nos veremos las caras.



LA META, grupo en bronce de Alfredo Boncher, emplazado en los jardines del Luxemburgo

.....¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!

Y he aquí cómo sin sentir se me entra de rondón por las puertas materia más que suficiente para seguir enjartando este artículo, la cual es de suyo tan vasta é importante, que bien merecía ser tratada en un libro expreso: refiérome al periodismo.

Pese á quien pese, y mi conciencia antes que todo, la verdad es que nada más contrario al *especialismo*, que el periodismo. El periodista, por regla general, tiene que hablar de todo un día sí y otro también; pero, para hablar de todo, se necesita saber de todo: *hic, opus; hic, labor*; de ahí tantas inexactitudes históricas y de todo género, tantas citas falsas, tantas impropiedades de lenguaje, etc., etc., etc. Contestaránme, tal vez, algunos individuos del gremio, aunque no del claustro, con el fin de pretender darme á entender, que pido imposibles, por aquello de que *de hombres es errar*, si ya no es que me sacan á colación el tan manoseado como mal interpretado verso latino que dice:

Homo sum, et nil humani a me alienum puto;

á lo cual replicaré...

Pero, á todo esto, pareceme estar oyendo decir á más de un lector: —¿qué tiene que ver cuanto acaba V. de ensartar ahora con lo que iba diciendo antes, mayormente cuando consigna, por añadidura, que el asunto se le viene á las manos sin sentir, ó como si dijéramos, que ni de perlas?...

—¿Que, qué es lo que tiene que ver?... ¡Friolera! Allá lo veredes.

Tiene que ver, que la omnisciencia (*ironía* se llama esta figura) de la casi generalidad de los periodistas, al citar el verso arriba inserto, y origen del cauce por donde se ha escapado ahora este artículo, suelen hacerlo de mala manera, con detrimento de la buena fama de su autor Lupericio Leonardo de Argensola; tiene que ver, que echándola de latinos, sin conocer quizás el *Musa, musa*, más que de nombre, le espetan á V. un *hoc opus, hic labor*, que lo baldan, supuesto no tratarse en el caso presente del llamado adjetivo demostrativo *hic, haec, hoc* (este, esta, esto), sino del apellidado adverbio de lugar *hic* (aquí); tiene que ver, que lo que se propuso Terencio significar con el verso últimamente inserto, no es que, como hombre, le estaban anejas todas las flaquezas propias de la humanidad, sino que, á fuer de tal, no podía ver con indiferencia todo cuanto con la especie humana se relacionase; tiene que ver... pero ¿adónde vamos á parar?... Me haría interminable. Mire V., mi señor D. Aristarco, si tiene que ver.

Sí; previo el estudio exclusivo y peculiar de cada ramo, cada *especialista* en él tomaría por su cuenta con pleno conocimiento de causa la defensa del asunto propio de su

competencia, con lo que se ahorraría el público inteligente de lamentar diariamente en la prensa tantos desbarros de todo linaje, y el no inteligente, de que lo comulgaran con ruedas de molino; se escribiría menos, pero se escribiría más; bien organizada la prensa periodística, ganarían todos, y ganaría todo: allí, las empresas, los redactores, y los lectores; y aquí, la historia, el lenguaje, el sentido común, y, tal vez, la moral.

Por eso, más de cuatro veces me he preguntado, pensando á mis solas: ¿Sería conveniente crear una carrera intitulada del *Periodismo*?... con menos motivo se han creado otras. Quizás esto que hoy pueda parecer una utopía, una paradoja, un delirio, llegue á ser con el tiempo una realidad.

Ya se deja entender que el estudio, considerado en absoluto, no entraña espíritu de aislamiento ó carácter de independencia, sino que, todo lo contrario, es de suyo complicado, así como nadie que haya cursado Psicología puede ignorar que no consiste el saber más en poseer mayor número de ideas aisladas, sino en la conexión ó enlace de éstas entre sí. De lo acabado de exponer cae como por su peso el que el *especialismo*, tan lejos de excluir ó alejar de sí el conocimiento de otras facultades, se las asocia y llama en su ayuda, como auxiliares más ó menos útiles para su perfecto desenvolvimiento. Porque, ello es tan claro como el agua: ¿á quién podrá ocultársele que no se puede ser buen retratista, desconociendo los elementos de la Anatomía; ni buen músico especulativo, sin haber saludado siquiera la Acústica; ni buen labrador, hallándose completamente ayuno de ciertos fenómenos propios de la Meteorología? Y sin embargo, la Anatomía, la Acústica y la Meteorología son ciencias que difieren esencialmente de la Pintura, de la Música y de la Agricultura, respectivamente consideradas. Pues bien; de todo lo hasta aquí dicho, obtenemos en lógica consecuencia la necesidad imprescindible de los sujetos *especialistas* en todos los ramos del saber humano, una vez que tan gran desarrollo van adquiriendo éstos de día en día; nó por hacer de cada *especialista* un individuo exclusivista, ajeno por completo á los demás conocimientos del espíritu humano, sino para que sobresalga y descuella en un determinado ramo de la ciencia, por causa de haberse dedicado á él con preferencia á todos los demás, consagrándole sus desvelos, arrancándole hasta donde sea posible sus secretos, y meditando profundamente día y noche en su naturaleza. Con cultivadores de esta índole es como podrá llegarse alguna vez á obtener el desarrollo de todos y cada uno de los ramos constitutivos del saber humano, y su acertada aplicación á cuantos casos puedan surgir; desaparecerá el empirismo por completo; sucederá la luz á las tinieblas; y se eclipsará la fase ridícula de aquel proverbio griego que dice: *Dios nos libre de hombre que no conoce más que un libro*, por cuanto siendo ese hombre custodio de los siete sellos que lo cierran, á él debe consultársele de

preferencia, como á único que puede iniciarnos en los misterios que contiene; y sólo quedará reservado el refrán castellano *No saber leer más que un misal*, para aquellos pobres de espíritu que, no viendo más allá de la nariz, podrán ser, á lo sumo, *especialistas*... sin especies, cuando no *especieros* ó vendedores de especias.

JOSÉ MARÍA SBARBI

## EL CARNAVAL ESPAÑOL

EN EL SIGLO XVII

Regocijado tiempo era también para nuestros mayores el de *Antruejo* ó *Carnestolendas*, y si bien los disfraces, aunque en uso, no se emplearon tanto como después han servido, para embromar á los que no los llevaban, poníanse en juego otras *bromas*, si tal podían llamarse, que todavía subsisten en algunos pueblos de nuestra España, y aun de allende los mares en países que pertenecieron á la corona de Castilla.

Pero como la Cuaresma, con sus cuarenta ayunos, llamaba austera á las puertas de los cristianos, dábanse estos prisa á prevenirse y pertrecharse de antemano con *gaudeamus* y *atracones*, que fuesen como un desquite anticipado de los ayunos y abstinencias, que ya se les entraban por las puertas.

Así dijo Quiñones en uno de sus entremeses, por boca del mes de Febrero, á quien el Carnaval parece que prefiere para sus travesuras:

Yo, que soy Febrero loco,  
Agoto bolsas y juicios,  
Pidiendo en Carnestolendas,  
Roscón, quesadilla y vino.

Pero si el vino representaba durante los tres días de *Antruejo* importantísimo papel, el agua reinaba también por todas partes y era el temor y sobresalto de los que discurrían por las calles, pues las casas se convertían, por sus ventanas y balcones, en baterías desde donde se disparaba sin intermisión el susodicho líquido con jarros y hasta con cubos, no faltando quien se sirviese de cierto utensilio, que entonces solían llamar *melecina* y después se ha conocido con el nombre de jeringa.

Pero como también el tiempo daba alguna más licencia á requiebros y galanteos, aprovechábanlo á su sabor los enamorados, que á trueque de tener un coloquio con la dama de sus pensamientos, no reparaban en rociada más



TIPOS GRANADINOS, cuadros pintados por I. Marín, (reproducción directa por medio de la fotografía)



¡GOLPE TERRIBLE! cuadro de R. J. Gordón

ó menos, sobre todo, según de dónde venía, pues como dijo el poeta antes citado, veíase en Carnestolendas

el agua convertida en galanteo

y enfervorizado y enardecido el corazón bajo los ojos de alguna linda dama, creíase el Amadis bañado en agua de rosas:

Pues hay galán que remojar se deja  
Embobado á los hierros de una reja,  
Y el que, para mirar un sol divino,  
Aguila viene, vuelve palomino.

Arrojaban algunos, puñados de salvado, y quienes disparaban no sólo otras armas arrojadas de más solidez, como eran los confites, sino también cada naranjazo que cantaba el credo, y según el mismo autor era

Todo grita, porrazos,  
Mazas, tizne, salvado y naranjazos;

pues daban asimismo en la treta de manchar la cara con tizne de las sartenes, y colgar *mazas* al descuidado transeunte, aporreándole también con vejigas hinchadas, y arrojándole á las veces estopas encendidas.

Por eso dijo Calderón en otro entremés, que tituló *Las Carnestolendas*, que andaban con temor en aquellos días

Las estopas de verse chamuscadas,  
Las vejigas de estar aporreadas,  
La sartén, si su tizne á alguno pringa,  
El agua que la sorba la jeringa,  
El salvado de andar siempre pisado  
Siendo á un tiempo salvado y condenado.

Pero si tales entretenimientos, algún tanto crudos, eran propios del vulgo de las gentes, las damas y los caballeros usaban formas galantes y cultas.

Los *huevos de olor* ó de *azahar* estaban muy en uso, en aquel tiempo en que tanta afición había por las esencias y aromas.

Preparábanse para aquellos días centenares de huevos hueros, si bien rellenos de aguas olorosas y para darles aun más valía se doraban y plateaban las cáscaras.

Y este obsequio, porque tal se juzgaba que damas y señores se arrojasen con empeño estos proyectiles, no costaba nada barato.

..... veinte huevos azareños  
Le cuestan veinte reales á sus dueños.

Así lo consignó Calderón, y en verdad era precio subido para tales tiempos, y año hubo en que se gastaron algunos miles de ducados para proporcionar á los cortesanos tales huevos de olor.

Tirso de Molina en su comedia *Quien calla otorga* supone una fiesta de Carnestolendas en el Piamonte, donde las damas de cierta Marquesa se solazan arrojando á los galanes pellas de nieve. Uno de los servidores de aquella, que habla con el español don Rodrigo y el gracioso Chinchilla, su criado, dice:

¿Qué hacéis, don Rodrigo, aquí,  
Cuando están todas las damas  
De la Marquesa en el parque,  
Por balcones y ventanas  
Tirando á los gentil-hombres  
De Aurora, pellas que abrasan  
De amores, con ser de nieve?

Tiran pelotas nevadas,  
Esmeriles de hermosuras  
Que las libertades matan.  
*Huevos* hay de *azahar* también.

GRACIOSO

¿Qué más azar ni desgracia  
Que tirar pellas de nieve,  
Que han de resolverse en agua?  
Si hubiera pellas de vino  
Yo las sorbiera de chanza.

(Act. I, esc. XIV.)

Otra de las bromas usadas era colgar con disimulo de los vestidos á los que pasaban tal cual trapo viejo ó cosa semejante, á lo que se llamaba *mazas*, y esto hacía decir á uno de los personajes del citado entremés de Calderón:

¡Yo con *maza*! ¿soy mona? ¡á mi mamola!  
¿Tan despegado soy que me echáis cola?  
¡A mi cola! — ¿He perdido alguna cátedra?  
¡Soy escabeche, que vendido á solas,  
Por un cuartillo más es todo colas?

Hasta los animales eran víctimas de las fiestas carnavalescas, colgándose también á los perros mazas en el rabo, que consistían en objetos que causasen ruido al ser arrastrados.

Así decía un interlocutor á otro en el entremés nombrado de Benavente:

Ahí te dejas, por olvido ó yerro,  
Tanta persecución de todo perro,  
Que maza y manta cruel corre fortuna,

porque además solían mantener á los desdichados canes. Estos tormentos los apunta asimismo Vicente Espinel, en su *Escudero Marcos de Obregón*, en que dice: «Que acabándose (en Carnestolendas) la grito de *jerings* y *naranjazos* y el martirio perruno causado de las *mazas*, de quien sin saber porqué huyen hasta reventar, di conmigo en un tabernáculo de la gula.» (Rel. I, des. V.)

Porque eso sí, como antes he apuntado, los manjares y golosinas de toda clase abundaban en aquellos días,

dando al traste con la templanza, y como para desafiar á *Doña Cuarema*, como la llama el Arcipreste de Hita. Por eso el repetido Benavente decía:

Llámele al tiempo yo en Carnestolendas  
Mar de comidas, golfo de meriendas,  
General avenida de roscones,  
Sanguinolento estrago de morcillas,  
Plaga de quesadillas,  
Convalecencia en que mujeres y hombres  
Tantas ganas sacamos  
Que hasta las herraduras nos tragamos.  
Campo formado, en que pelea la Gula,  
Ya asada, ya cocida, ya fiambre,  
Y en fin, un ¡cierra España! de la hambre  
A donde los alegres tragantones,  
Sin poder la Templanza resistillo,  
Pasan tantas gallinas á cuchillo,  
Sin perdonar mujeres, niños, viejos,  
Que son pavos, perdices y conejos.

En las mismas ideas abunda el entremés de Calderón, ya mencionado, y confirma el estrago de comestibles que en Carnestolendas se hacía diciendo:

¡Oh loco tiempo de Carnestolendas,  
Diluvio universal de las meriendas,  
Feria de quesadillas y roscones,  
Vida breve de pavos y capones,  
Y hojaldras, que al doctor le dan ganancia  
Con masa cruda y con manteca rancia!  
Pues ¿qué es ver derretidos los manebos  
Gastar su dinerillo en *tirar huevos*?

Pero no sólo el pueblo se divertía en tales pasatiempos, sino que el mismo rey don Felipe IV y sus cortesanos, tan ganosos de placeres, solían solemnizar los días de Carnaval con fiestas de todo género, y se hacían comedias y fiestas literarias en el palacio del Buen Retiro, corridas de toros, y mascaradas vistosísimas.

Entre otras funciones llamaron mucho la atención las que hizo el Rey celebrar el año 1636, y el domingo por la tarde entraron en la gran plaza del Retiro, donde estaban los embajadores de las potencias, los consejos y multitud de pueblo, tres carros vistosamente engalanados.

Uno de ellos representaba una de las embarcaciones entonces usadas, que se denominaban *galeras*, y según refiere un manuscrito existente en la Biblioteca Nacional, dentro iban «las carnestolendas, tan celebradas en España, de *Barcelona*, con sus danzas y músicas, que de intento á este propósito las trujeron de allá.»

Fácilmente se comprende el gasto que entonces ocasionaría presentar en Madrid aquellas comparsas, llevadas nada menos que de la capital de Cataluña con los escosos y malos medios de transporte que existían, y se alcanza también el gran renombre que las *carnestolendas barcelonesas* tendrían á la sazón, cuando se pasó por todo para llevarlas á servir de regocijo al Rey y á sus cortesanos y los embajadores extranjeros.

El segundo carro figuraba la *América* y lo llenaban gentes que representaban las diversas regiones de aquellos apartados países, con sus trajes, armas y demás, que las hacían vistosísimas, acompañando al carro máscaras de á pie y á caballo, con músicas.

El tercer carro llevaba también diversidad de máscaras y danzas, y refiere el ya dicho papel «que se divertieron mucho los Reyes y esta gran corte» (Legajo H. 69. B. N.) También llevaron otras cuadrillas y músicas de Lisboa.

Vemos, pues, que en el siglo XVII el Carnaval estaba en gran auge y que todas las clases sociales, desde las populares hasta las más elevadas y el mismo Rey contribuían á celebrar aquellos festejos con gran rumbo y desembolsos.

Y no sólo Madrid y Barcelona tenían fama de esto, sino según doña María de Zayas, en su novela *La esclava de su amante*, en Zaragoza eran también celebrísimas aquellas funciones, tanto «que se dice por ponderarlo más, *Carnestolendas de Zaragoza*».

No desesperemos pues de que tras varios altos y bajos el Carnaval y sus locuras vuelvan con todo su aparato, y hoy mismo si han decaído los famosos de París y Roma, aun se celebra con inusitado esplendor el de Niza, cuyo prolijo relato nos han traído los diarios de aquella fastuosa ciudad.

JULIO MONREAL

## LO QUE YO NO ENTENDÍA

(EPISODIO DEL AÑO 10)

### I

Indudablemente Águeda valía cien veces más que yo. Mi espíritu apocado y con sus ribetes de egoísta no me dejaba participar del patriótico entusiasmo que se había apoderado de la nación entera; mientras ella, cada vez que oía referir un triunfo ó un descalabro de nuestras armas, de tal modo se sentía inflamada por la alegría ó por la indignación, que no parecía sino que á sus ojos negros se asomaba todo el entusiasmo de que estaba poseído aquel pueblo que luchaba hasta la desesperación contra las huestes del Capitán del siglo.

Sus reticencias unas veces, y el calor con que tomaba las cosas de la guerra otras, haciéndome sentir así como chispazos del contagio común, impelíanme á dejar mi apacible hogar y me determinaban á incorporarme á las gue-

rrillas. Pero, con rubor lo confieso, aquel ardor bélico pasaba bien pronto, y comparando las dulzuras de que disfrutaba con las penalidades á que iba á exponerme, no podía menos de decirme para mis adentros: «bien se está San Pedro en Roma» y todo mi conato se cifraba en buscar pretextos para demorar el momento de mi partida.

En estas y las otras el cuerpo de ejército anglo-hispano-portugués que operaba en la comarca tuvo que replegarse hacia el interior de Castilla, las guerrillas fueron impotentes para contener el empuje del enemigo y como Miralejos (que este era el pueblo en que yo vivía) no contaba en su interior con otra defensa que la de unos cuantos viejos y no escaso número de mujeres y chiquillos, cayó en poder de los franceses sin lucha. El único ruido que hizo nuestro vencimiento fué que en la misma plaza en que tantos y tan calurosos vitores se habían dado al deseado Fernando, se oyeron unos cuantos perezosos vivas á José I.

### II

Por lo demás, el pueblo poco ó nada había cambiado de aspecto. Los vencedores no podían regocijarse mucho de triunfo tan fácil y los vencidos eran tan débiles y estaban tan mermados, que toda la hostilidad que se permitían era mostrar los rostros más acedos que de costumbre y redoblar las preces en la iglesia, dedicándolas con la intención al triunfo de nuestras armas.

Únicamente yo, lejos de participar del descontento general, pensando en que aquel incidente hacía punto menos que imposible mi partida, sentíame de tal modo embargado por el gozo que trabajo me costaba disimularlo. Mi ventura hubiera sido completa si un detalle, por demás extraño, no hubiera venido á amargar aquella culpable alegría. En Águeda se había operado un cambio tan radical que no dejaba de inspirarme vagas y dolorosas inquietudes.

Ella, que hasta allí todo era patriotismo y exaltación, á la presencia del destacamento que había ocupado militarmente el pueblo parecía haber trocado en simpatía el odio que antes le inspiraran los franceses, y con tanta asiduidad los atendía y agasajaba que la mayoría de sus vecinos comenzaban á motejarla con la nota de afrancesada.

Esto, que en nada la hubiera hecho desmerecer á mis ojos, puesto que á mí tanto me daban las águilas de nuestros enemigos como los casacones rojos de nuestros aliados los ingleses y los altos morriones de nuestros amigos los portugueses, entróseme por desgracia en el alma complicado con otro sentimiento que nada tenía que ver con el amor patrio. Lo que yo sentía eran celos, y celos tanto más horribles cuanto que, si no la realidad misma, las apariencias por lo menos ponían tan de manifiesto la traición de Águeda que, ciego hubiera sido necesario nacer para no dar en la sospecha.

El caso era que con el antedicho destacamento había venido al pueblo un cierto oficial francés de bastante agraciado rostro y de no mal talle, y que el tal, que chapurraba con regular soltura el castellano, parecía haber simpatizado de tal manera con Águeda, que á pesar de no estar alojado en su casa, la visitaba con más asiduidad de la que mi reposo y las conveniencias exigían.

La muchacha, sin dejar de seguir mostrándose su cariño, aficionábase en tales términos á la conversación del gabacho que cuando, por cualquier motivo, se improvisaba una fiesta en la sala grande del consejo, en la plaza ó en su misma corraliza, lejos de imitar la entereza de las demás mozas que se encerraban á piedra y lodo en sus casas, ella corría al jolgorio y se hartaba de bailotear con el presuntuoso oficialillo.

A mí me llevaban los diablos con estas cosas, pero como á mí natural confiado le ha costado siempre gran trabajo pensar el mal, por más que no perdiera ocasión de espiarla, no acababa de convencerme de su falsía. Necesario fué que ella se empeñara en arrancar la venda de mis ojos para que viera con toda claridad la situación.

### III

Una tarde, en que el olorillo de una succulenta merienda nos había llevado á las márgenes del arroyo, que bordeado de zarzamoras y parras silvestres, constituyen el único oasis entre las peladas lomas que circuyen á Miralejos, Águeda, á pesar de mi presencia, había estado como nunca expresiva con el francés. Mi tristeza era tanta, que á veces una lágrima humedecía mis párpados; pero ella no dió en toda la tarde otra señal de notar el estado de mi ánimo que una mirada entre melancólica y compasiva que sus grandes ojos clavaban de cuando en cuando en los míos.

Sin embargo, no fué esto todo. Cuando las primeras sombras de la noche nos anunciaron la hora de regresar al pueblo, el oficial se acercó á Águeda y murmuró algunas palabras á su oído. Ella, sin reparar en que yo estaba tan cerca que por necesidad tenía que oírle, le respondió:

— Esta noche, después de las diez, en el huerto de mi casa. La puerta estará entornada.

— No faltaré, — contestó él y en seguida se separaron. Excuso decir que un rayo que hubiera caído á mis pies no me hubiera producido mayor efecto. Lo que más daño me hizo fué que la mirada de Águeda, llena de commiseración como nunca, buscó en seguida mi rostro, que debía tener la palidez de un cadáver.

### IV

Jamás me hubiera creído capaz de tanta entereza de carácter, y sin embargo la tuve. Aunque con trabajo, di-

simulé mi dolor y me aferré á la idea de llevar á cabo la resolución que, como chispa que brota del pedernal, había surgido al choque de mi desdicha. Lo único que no podía dominar era la impaciencia con que esperaba la hora de aquella cita que á mí se me antojaba como negra sima en que iban á hundirse las ilusiones todas de mi vida.

Por fin el anhelado instante llegó. Las diez acababan de dar cuando el oficial se acercó á la puerta del huerto. Mi primer impulso fué arrojarle á cortar el paso, pero también entonces me dominé. No sólo le dejé pasar, sino que aguardé largo espacio como temiendo que la cita se malograra.

Al cabo juzgué llegado el momento y, costean-do la cerca, me dirigí á un punto en que un pequeño derruimiento me permitía escalar la tapia. La luna brillaba con una limpidez extraordinaria; pero me importaba tan poco ser visto que, sólo me curé de ocultarme entre la sombra de los arbustos cuando estuve dentro del huerto.

Entonces los ví, los ví tan clara y distintamente, tan cerca el uno del otro que la indignación me prestó las fuerzas que el dolor estaba á punto de agotar. Un velo de sangre anubló mis ojos, mis dedos crispados se aferraron al afilado cuchillo de que me había provisto y de un salto me puse en frente de mi rival.

De lo que pasó después no he podido acordarme nunca. Creo que al verme, aquel vencedor de cien combates palideció. Jamás he sospechado que fuera cobardía. Indudablemente era que estaba más acostumbrado á robar coronas por cuenta ajena que á seducir mujeres por la propia. Si hubo lucha, tampoco lo sé; creo que su espada me azotó el rostro; lo único que con claridad recuerdo es, que á los pocos segundos en mis manos había sangre, á mis pies un cadáver.

Lo extraño es que Águeda, en vez de mostrar el espanto y la pena que yo esperaba encontrar en su rostro, me sonreía como orgullosa de mi acción. Aquella sonrisa apartó el arma homicida de su seno.

Ella aprovechando mi estupor se colgó á mi cuello murmurando:

— Te esperaba. Ahora ya es tiempo de que cumplas con tu deber. La muerte te aguarda aquí dentro; la causa de la nación te reserva un puesto en las guerrillas. En la cuadra está el caballo de mi padre que yo misma he ensillado para tí. En él he puesto armas y municiones. Antes de que nadie sospeche lo que acabas de hacer es preciso que estés lejos del pueblo.

Desde las primeras palabras comprendí todo el heroísmo de su acción. Mis ojos se volvieron instintivamente al que había creído mi rival, y no pude menos de sentir lástima. Más que por muerto, le compadecía por no haber podido lograr el amor de aquella mujer.

Un cuarto de hora más tarde un brioso caballo me conducía por el polvoroso camino que debía llevarme al sitio



¿DICE V. QUE SÍ?— Cuadro de Pío Ricci.

en que, según todas las probabilidades, se encontraban las más próximas partidas.

V

Seis días después de haberme *empecinado*, como entonces se decía, la fuerza á que me tocó en suerte incorporarme, tras de una tan desigual como denodada lucha desalojaba á los franceses de Miralejos. Al entrar en mi pueblo natal el espectáculo que se ofreció á mis ojos fué espantoso. La casa en que había visto morir á mis padres, y que encerraba toda mi fortuna, había sido asolada por los invasores. Aquellos bárbaros habían tenido la crueldad de fusilar á Águeda, el sueño de mi vida, la tierna compañera que estaba llamada á endulzar los azarosos días de mi existencia.

El castigo era terrible, pero merecido. El que no había sabido comprender la santa idea que movía á un pueblo entero á sacudir el yugo que la traición quería imponerle, era digno de aquella lección. La palabra, hasta entonces vacía de sentido para mí, estaba definida. Patria era todo aquello que yo acababa de perder.

Si durante el transcurso de aquella guerra de titanes, hice cuanto pude por subsanar mi yerro, no es á mí á quien toca decirlo. Lo que no callaré, porque es lo único que aun hoy hace palpar mi pecho de orgullo, es que un

día, día en que nos habíamos pasado diez y seis horas peleando como leones, un hombre tosco y rudo se acercó á mí y estrechando la mía entre sus manos velludas y callosas, me dijo con la concisión propia de un espartano:

— ¡Estoy satisfecho!

Aquel hombre era Juan Martín, *el Empecinado*.

ÁNGEL R. CHAVES

NOTICIAS VARIAS

EL VENENO PULMONAR

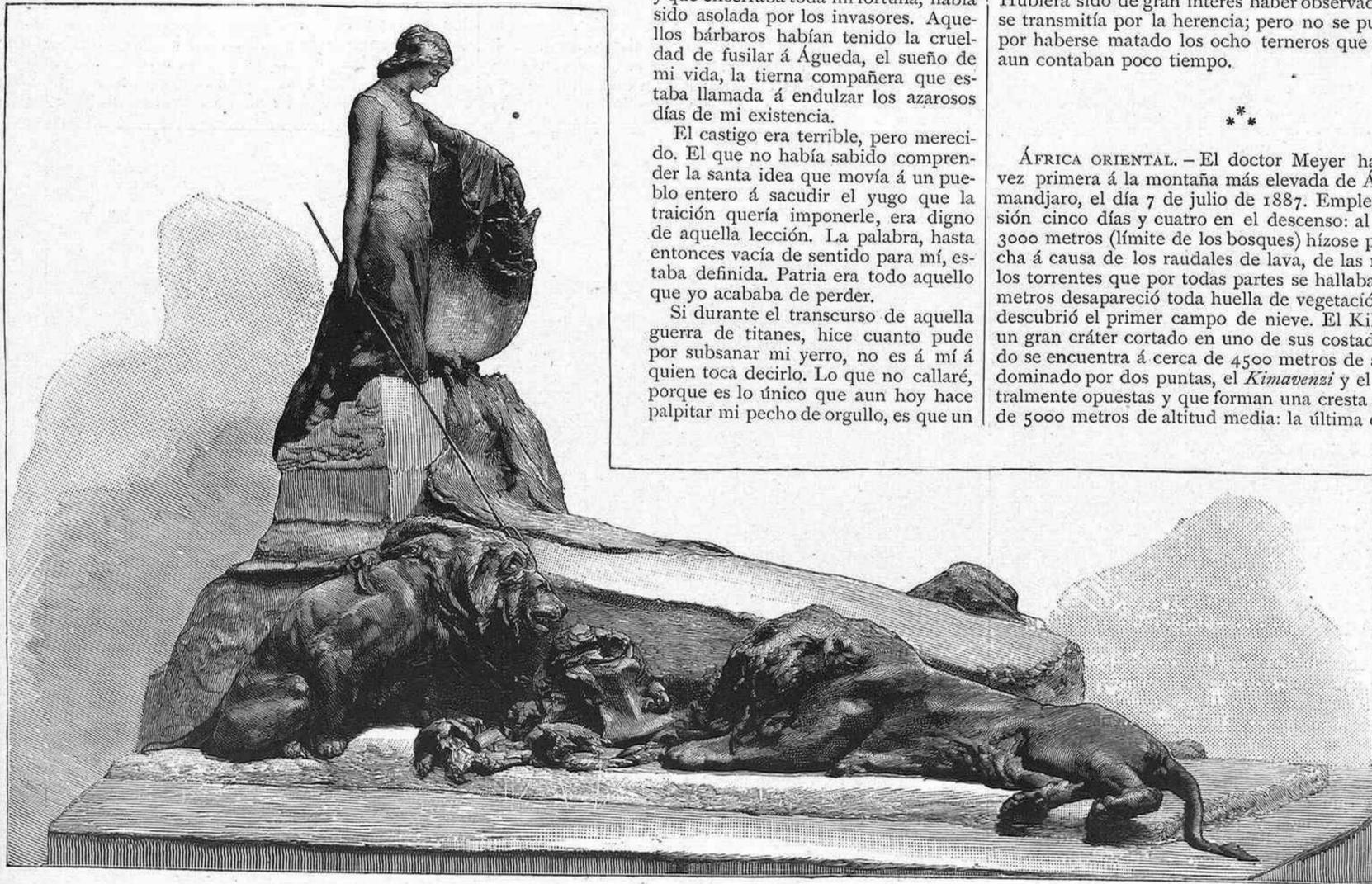
Mr Brown-Sequard ha descrito varios experimentos que le han demostrado la existencia de una sustancia sumamente tóxica en el aire espirado. Después de recoger el líquido producido por la condensación de los vapores que salen de los pulmones, sirviéndose de un serpentín convenientemente enfriado, administró este líquido á varios conejos, tan pronto en inyección intravenosa como hipodérmica; y los resultados han sido muy concluyentes, sobre todo si se recuerda que M. Boucheron ha demostrado que un conejo resiste sin perturbaciones la inyección del agua pura en su sangre hasta la enorme cantidad de 90 gramos por kilogramo de su peso. Han sido suficientes 10 gramos por kilogramo de líquido de condensación pulmonar para producir rápidamente la muerte, después de síntomas muy caracterizados, como la hemorragia pulmonar, el enfisema del pulmón, dilatado de un modo extraordinario, etc. Con una dosis mucho menor, los desórdenes son ya muy graves. La inyección sub-cutánea es muy funesta: administrados así sólo 20 centigramos de líquido tóxico, se ha producido en siete horas la muerte de un conejo que pesaba 1 800 gramos.

\*\*

ANIMALES SORDO-MUDOS. — El hecho siguiente ha demostrado de un modo que no deja lugar á duda la existencia de animales sordo-mudos. Un labrador había criado hasta la edad de doce años una vaca que había comprado cuando contaba aún pocas semanas. No respondía cuando se la llamaba, ni atendía al ruido que á su lado se hacía: cuando se encontraba sola en el establo y llegaba la hora del pienso, que los individuos de su especie acostumbran pedir con prolongados mugidos, hacía iguales gestos que éstos, estiraba la cabeza y el cuello y abría la boca; pero no se la oía mugido alguno, sino á lo más un sonido gutural de corta duración. En cambio, tenía muy desarrollada la vista y no se descubriría nada que fuera anormal en sus orejas ni en su laringe. Hubiera sido de gran interés haber observado si este caso se transmitía por la herencia; pero no se pudo averiguar por haberse matado los ocho terneros que tuvo, cuando aun contaban poco tiempo.

\*\*

ÁFRICA ORIENTAL. — El doctor Meyer ha subido por vez primera á la montaña más elevada de África, el Kilimandjaro, el día 7 de julio de 1887. Empleó en la ascensión cinco días y cuatro en el descenso: al pasar de los 3000 metros (límite de los bosques) hizo pesada la marcha á causa de los raudales de lava, de las malezas y de los torrentes que por todas partes se hallaban; á los 4000 metros desapareció toda huella de vegetación; á los 4300 descubrió el primer campo de nieve. El Kilimandjaro es un gran cráter cortado en uno de sus costados, cuyo fondo se encuentra á cerca de 4500 metros de altitud, y está dominado por dos puntas, el *Kimavenzi* y el *Kivo*, diametralmente opuestas y que forman una cresta semicircular, de 5000 metros de altitud media: la última es la más ele-



PROYECTO DE UN MONUMENTO Á LA MEMORIA DE LOS INGLESES MUERTOS EN LA BATALLA DE WATERLOO (Nuevo cementerio de Bruselas)

vada (6050 metros, según Meyer; 5705, según el *Anuario de la Oficina de Longitudes*), y tiene la forma de una cúpula cubierta de un glaciar. Meyer llegó a la cumbre, pero no a la muralla superior, de hielo, escarpada y de 40 metros de elevación, por haberse quedado atrás sus compañeros, cansados por la fatiga y el frío.

\*\*\*

LOS TÚNELES EN LOS FERROCARRILES INGLESES. — El *Ingeniero de ferrocarriles*, revista inglesa, da la lista de todos los túneles ingleses mayores de 1000 yardas (914 metros). El número de aquellos asciende a 37; siendo el más largo el del Severn, que mide 7664 yardas (7005 metros), y el más corto el de Rotherfield, que sólo tiene 1020 yardas (932 metros).

### LA TORRE DE EIFFEL

Desde que publicamos nuestro último artículo sobre esta inmensa obra, los trabajos han proseguido con una regularidad, prontitud y precisión admirables. Según las previsiones de M. Eiffel, la parte resistente del primer piso se terminó a principios de este año, sin que ningún accidente fuese a perturbar la ejecución de esa empresa, única en la historia de las construcciones metalúrgicas. Semejante precisión tiene su razón de ser, y no se trata de una feliz casualidad: todo sale bien porque todo se ha estudiado, calculado y previsto acertadamente.

M. Eiffel nos ha hecho el honor de mostrarnos últimamente sus talleres de estudio de la torre de trescientos metros, así como su fábrica metalúrgica Levallois-Perret; y ahora procuraremos presentar a nuestros lectores el resumen de lo que hemos visto y admirado en nuestra interesante visita.

La forma geométrica de la torre de 300 metros no se ha determinado sólo bajo el punto de vista del aspecto, como generalmente se cree, sino teniendo en cuenta consideraciones matemáticas que dependen de las condiciones de la intensidad del viento.

La torre tiene una forma tal que si se estudia la acción de las diversas corrientes aéreas que en ella pueden ejercer su acción, desde los vientos ligeros y medianos, hasta los huracanes cuya presión es de 400 kilogramos por metro cuadrado, la resultante de las presiones producidas en cada punto pasa por el centro de gravedad de cada una de las secciones. La forma de la torre se amolda en cierto modo por el viento mismo.

No se podría imaginar cuántos trabajos han exigido los dibujos de construcción. Habiéndose determinado y dividido el conjunto del edificio en 27 tableros, cada uno de estos ha dado lugar a una serie separada, que forma la base de toda una colección de dibujos geométricos calculados con ayuda de tablas de logaritmos.

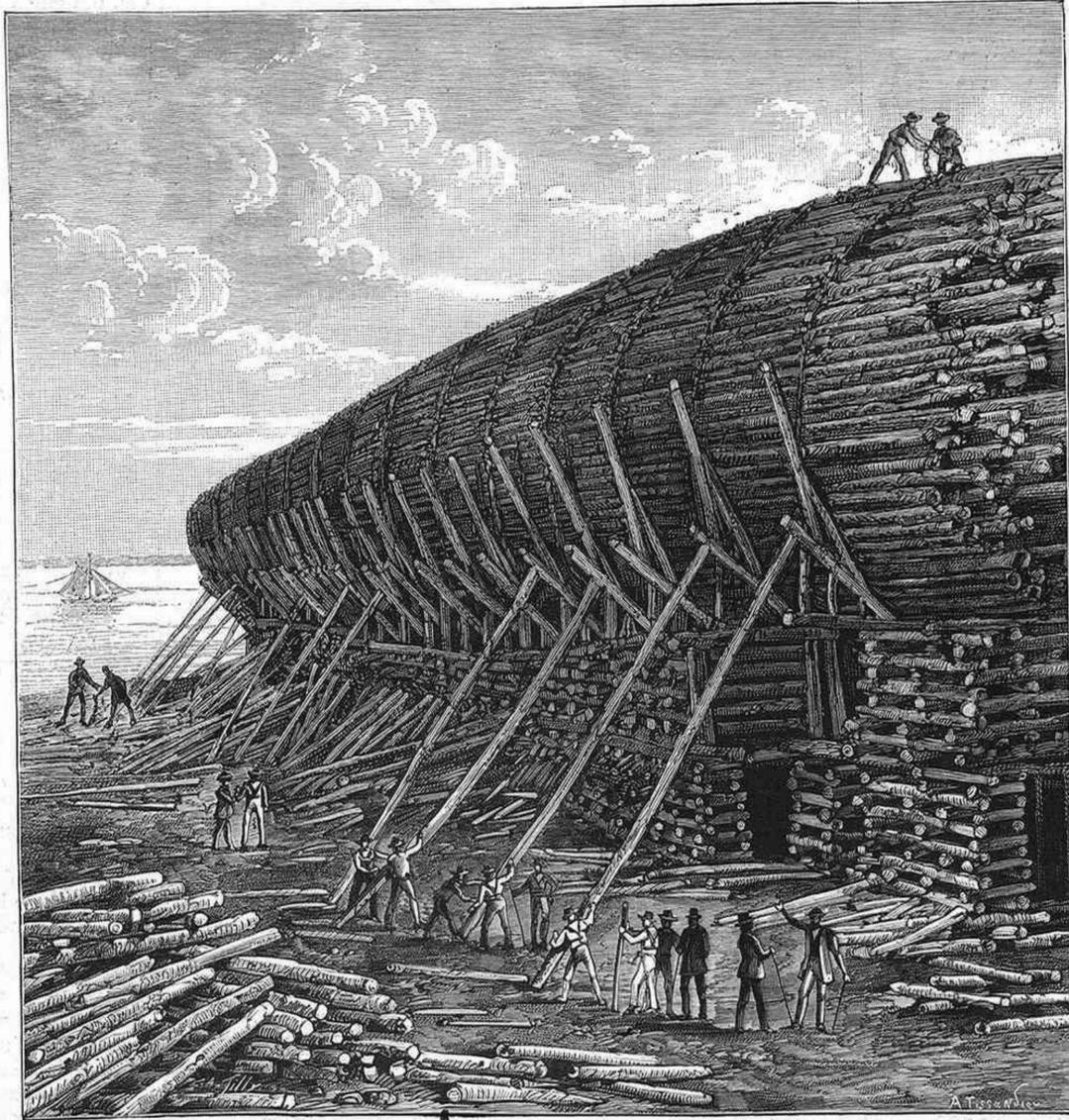
No es posible entrar en detalles técnicos de ese inmenso trabajo; contentémonos con decir que el número de piezas metálicas distintas que entran en la construcción de la torre asciende a 12 000 exigiendo cada una su dibujo especial, en el que se determinan matemáticamente los más minuciosos detalles.

Los planos de la torre de Eiffel comprenden 300 dibujos de ingeniero para el estudio de los 27 tableros, y 2 500 hojas de dibujo de taller, cada una de las cuales mide un metro de ancho y 0<sup>m</sup> 80 de altura. Para estos dibujos se ha necesitado el concurso de cuarenta artistas y calculadores, que trabajaron sin cesar durante dos años: este personal se halla instalado en Levallois-Perret, en numerosas salas sucesivas que adquieren la importancia de una gran administración.

Las piezas ensambladas de la torre de 300 metros no comprenden menos de 7 000 000 de agujeros, practicados en el palastro de hierro con útiles especiales. Siendo de 0<sup>m</sup> 010, por término medio, el espesor, dichos agujeros, puestos en línea uno junto a otro, formarían un tubo de 70 kilómetros de longitud. El número de pernos empleados en la construcción asciende a 2 500 000.

Cada pieza que entra en la construcción de la torre queda trazada, cortada y perforada en la fábrica de Levallois-Perret; cuando llega al Campo de Marte ya tiene su destino, y se fija desde luego en la construcción.

Conocidos estos detalles preliminares, haremos mención de un órgano mecánico de los más curiosos, una prensa hidráulica que permite levantar los pies de la torre;



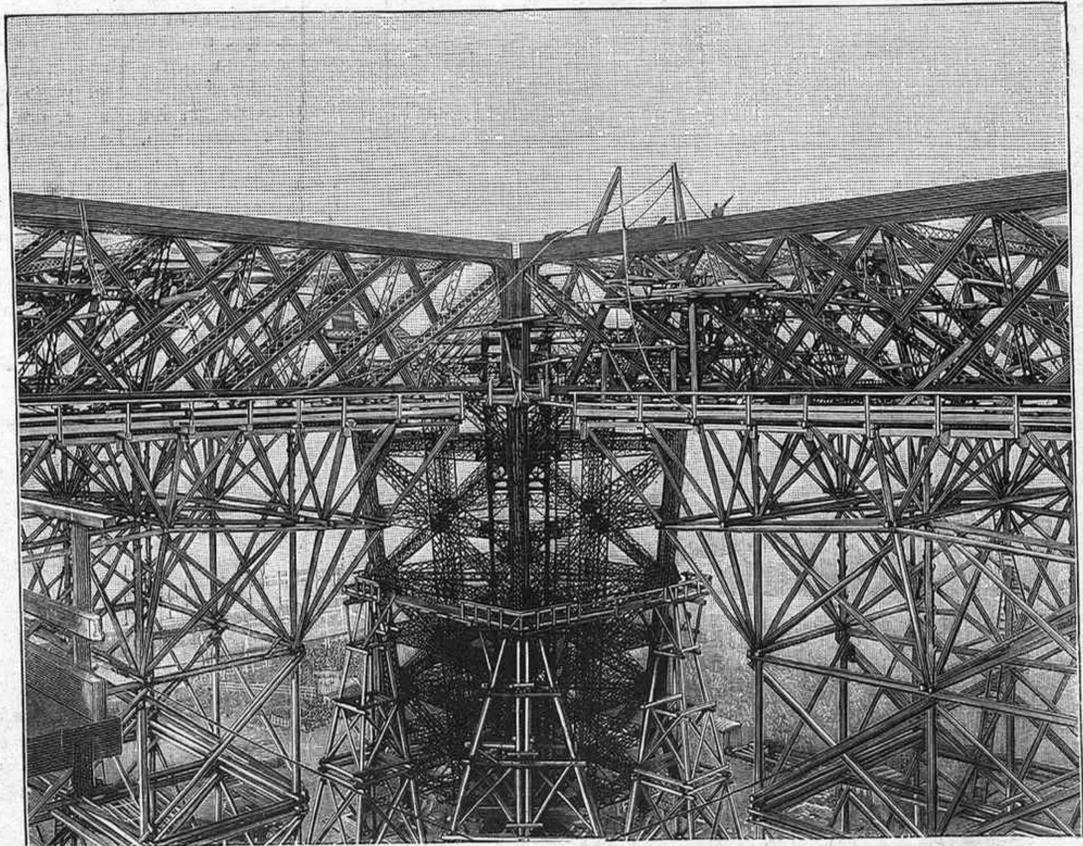
Tren gigantesco de madera construido en Nueva Escocia. Preparativos para lanzarle al mar.

pero antes de describirla debemos dar algunas breves explicaciones.

El edificio se apoya en el suelo por medio de cuatro pies ó montantes de sección cuadrada, constituido cada cual por cuatro riostras que forman las aristas del mismo, y que se enlazan entre sí por barras. Estas riostras son cajones muy sólidos con una sección cuadrada de 0<sup>m</sup> 80 de lado, y cuyas paredes de palastro están reforzadas por piezas angulares. Las riostras sirven para repartir el peso de la construcción en esos cimientos; y como se cuentan 16, 4 por pie, y atendido que la torre

este último por un tubo de 6 milímetros de diámetro, y es comprimida por una bomba impelente que varios hombres hacen funcionar con ayuda de una palanca. El peso normal que esa prensa hidráulica puede levantar es de 800 000 kilogramos, y cada una ha sido probada antes de salir de los talleres de construcción, pertenecientes a los señores Vollot, Badois y C.<sup>as</sup>, sometiéndola a una presión de 600 atmósferas, que corresponde a un peso de 800 000 kilogramos, poco más ó menos.

Terminaremos esta reseña reproduciendo una fotografía que representa el aspecto actual de uno de los mon-



Estado de los trabajos de la Torre Eiffel en enero de 1888. Aspecto de un montante de la Torre en su parte superior

tantes de la torre, visto por la parte superior del opuesto: figúrase rodeada del bosque de maderamen que habiendo servido para colocar las piezas, no tardará en desaparecer.

—Lo más difícil está hecho ya, y la obra de Mr. Eiffel seguirá su curso regular.

GASTON TISSANDIER.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria  
BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN